

Reseña bibliográfica

Peter Matthews. [2001] 2009. *Breve historia de la lingüística estructural*. Madrid: Akal. 193 páginas.

Esteban Lidgett*

Instituto de Lingüística, Universidad de Buenos Aires

Breve historia de la lingüística estructural es un recorrido histórico y comparativo acerca del desarrollo, a lo largo del siglo XX, de una de las corrientes más importantes de la historia de la lingüística moderna: el estructuralismo. Si la *Breve historia de la lingüística* de R. H. Robins intenta reconstruir el desarrollo de la lingüística como disciplina desde la Grecia clásica hasta el siglo XX, Peter Matthews, siguiendo la línea de análisis propuesta por Robins –a cuyo recuerdo el libro está dedicado–, postula un análisis histórico concentrado estrictamente en la lingüística estructural y en la influencia que esta ha tenido en las diferentes escuelas que nacieron durante la segunda mitad del siglo XX. En particular, Matthews se ocupa de señalar los puntos de contacto que unen al estructuralismo con la gramática generativa de Noam Chomsky, aportando un punto de vista que permite observar no tanto una ruptura cuanto una relación de complementariedad entre estas dos corrientes dominantes durante el pasado siglo.

Todo recorrido histórico sobre una disciplina requiere algún tipo de recorte y, en ese sentido, la elección del orden de prioridades permite entrever cuál será el hilo conductor para organizar el libro. En este caso, el autor se ocupa de especificar hacia dónde conducirá su reseña histórica ya en la “Introducción”. Retomando los postulados de Giulio Lepschy en *La lingüística estructural*, Matthews señala que el término *estructuralismo* se ha venido empleando en al menos tres sentidos bien diferentes: 1) en su acepción más amplia, como reflexión acerca del lenguaje que se ocupa de identificar unidades y relaciones dentro de un sistema gramatical (en cuyo caso cualquier gramática sería estructural); 2) en sentido más restringido, en tanto que método taxonómico descriptivo; y 3) en un sentido intermedio, como tendencia que intenta esclarecer el carácter sistemático y estructural del lenguaje. Para Matthews, es precisamente esta última acepción del término la que permite explicar el nacimiento de diversas teorías lingüísticas que, analizadas retrospectivamente, convergen en una serie de tendencias que se expresan en una red de intereses compartidos y de inspiraciones comunes, a partir de la cual es posible hablar de un “movimiento estructuralista” hacia la década del treinta.

Ahora bien, si el problema histórico del origen del estructuralismo es uno de los hilos conductores del libro, también lo es de manera central, luego de los primeros cuatro capítulos, la cuestión del ocaso a partir de la revolución chomskiana. Y es en este tema donde se juegan las hipótesis más interesantes de esta *Breve historia de la lingüística estructural*. Hacia la década del setenta, cuando Lepschy publica su libro, la emergencia de la gramática generativa ya había sido planteada por el propio Chomsky como una ruptura con el estructuralismo. Sin embargo, Lepschy se refiere a la gramática generativa de Chomsky como una de las teorías que, desde su punto de vista, cabía considerar como “herederas de [...] la Lingüística estructural” y como uno de sus desarrollos más interesantes” (13). Matthews propone que, de ser así, esto implicaría que “el estructuralismo había entrado en una nueva fase a partir de los años sesenta” (13). Pero, entonces, se interroga Matthews: “¿se ha producido una ruptura real?” (13) ¿O estas nuevas teorías de Chomsky plantean una continuación de la tradición que

* Correspondencia con el autor: ealidgett@gmail.com.

había dominado ya en épocas anteriores? La respuesta a estas preguntas constituye el nudo central de los últimos cuatro capítulos del libro.

Luego de exponer en el primer capítulo el enfoque teórico a partir del cual se desarrollará el recorrido histórico, los siguientes capítulos siguen un orden cronológico en la descripción de la lingüística estructural. El capítulo segundo, titulado “Las lenguas”, se ocupa de analizar el pasaje del método comparatista de la lingüística histórica a los primeros esbozos del método estructural. Para Matthews, hacia fines del siglo XIX, la idea de que era posible inventariar una lengua determinada y comprender los métodos combinatorios que subyacen al interior de ella ya implicaba el germen de un concepto de sistema que permitía superar el estudio meramente descriptivo de las lenguas. Los trabajos de Antoine Meillet y Ferdinand de Saussure en torno a la reconstrucción del indoeuropeo, la vasta familia lingüística que vincula buena parte de las lenguas europeas con la mayor parte de las habladas entre Persia y el sur de la India, ya ponen de manifiesto en las últimas décadas del siglo XIX que “lo que se había logrado reconstruir había sido un sistema de relaciones entre unidades” (20). Y, como corolario de eso, dos conclusiones: que las lenguas eran sistemas cerrados y abstractos y que si todo al interior de un sistema se mantiene unido, cualquier cambio dará lugar a la aparición de un nuevo sistema diferente del anterior. Estas conclusiones fueron los núcleos centrales que se desarrollaron en los cursos dictados por Saussure entre 1906 y 1911 y que posteriormente constituirían el *Curso de lingüística general*.

Luego de una descripción detallada acerca de los aspectos metodológicos que aporta el *Curso* para el desarrollo del estructuralismo, Matthews se ocupa de analizar los aportes críticos de la tradición anglosajona del estructuralismo, en particular, en la línea que va de John R. Firth a Zelig Harris pasando por Leonard Bloomfield. Paradigmáticamente, esta tradición anglosajona reconstruye los postulados del *Curso* desde un punto de vista fisicalista, en consonancia con las ideas del positivismo lógico de la escuela de Viena. Es en este sentido que Firth define las lenguas como conjunto de preferencias y, más tarde, Bloomfield en *El lenguaje* afirmará programáticamente que “nosotros que estamos estudiando la lengua haremos naturalmente una distinción entre el *acto de habla* y las otras circunstancias, que llamaremos *hechos prácticos*” ([1933] 1967: 25). La metodología de esta tradición anglosajona conducirá, sobre todo en la obra de Harris, hacia un hallazgo fundamental que podría plantearse como punto de continuidad con el generativismo, a saber, la idea de que las lenguas, en tanto conjunto de preferencias, podían estudiarse como conjuntos matemáticos y, por tanto, sería posible calcular las preferencias que *pueden producirse* dentro de un conjunto. Según Matthews, “dicho hallazgo había conducido directamente, allá por la década de los años cincuenta, al concepto clave de ‘gramática generativa’” (37).

Los capítulos tres y cuatro analizan el estudio de los sistemas de sonidos y de la diacronía, respectivamente, y su influencia en el desarrollo y consolidación de la lingüística estructural. Es un lugar común afirmar que la consolidación del método estructural depende en gran medida del desarrollo de la fonología y, en este sentido, el objetivo de Matthews en el tercer capítulo de su libro es desentrañar los hilos que conducen al concepto de fonema. Su análisis histórico se remonta a los estudios de Henry Sweet, aquel fonetista británico en que se inspirara Bernard Shaw para su célebre obra *Pigmalión*. Hacia fines del siglo XIX, Sweet había llegado a la conclusión de que toda lengua contaba con un sistema de sonidos propio y dentro de dicho sistema, un determinado conjunto de sonidos del habla se distinguía de los demás en virtud de rasgos específicos, a los que denominó “significativos”. Por los mismos años, el polaco Jan Baudouin de Courtenay se ocupó de estudiar las alternancias que existían en su propia lengua y en otras lenguas eslavas. De este modo, hacia la década del veinte, cuando Nikolái Trubetzkoy, Roman Jakobson y otros miembros de la denominada escuela de Praga comienzan a hablar de *fonología*, ya estaba presente la idea de que, dentro del sistema

del que forman parte, cada sonido se diferencia de otros en virtud de rasgos *significativos* y, a la vez, se relaciona con otros, en virtud de una determinada alternancia. Las teorías saussureanas se encuentran estrechamente vinculadas con estos postulados; sin embargo, de acuerdo con Matthews, fue precisamente la escuela de Praga la encargada de realizar la síntesis entre estas ideas y los postulados del *Curso* para dar origen al estructuralismo.

Si la continuidad del estructuralismo a partir los estudios en fonética puede plantearse fundamentalmente como resultado de la concepción sincrónica de la fonología, no es menos cierto que el estructuralismo también contó con una rama diacrónica para el estudio de la lengua que lo vinculaba con los neogramáticos. Aquí también fueron pioneros los estudios de la escuela de Praga, sobre todo a partir de los trabajos sobre fonología diacrónica de Jakobson y Malou Van Wijk, quienes propusieron por primera vez una teoría estructuralista de la diacronía. La idea de que el cambio lingüístico debe analizarse en términos teleológicos, en función de una tendencia al equilibrio del sistema, fue retomada y analizada en detalle primero por André Martinet, en los años cincuenta, y luego, hacia la década del sesenta, por Eugenio Coseriu. La distinción tripartita entre sistema, norma y habla fue el punto de partida que impulsó el lingüista rumano para explicar el cambio lingüístico en el sistema. Sistema y norma son, para Coseriu, “abstracciones que se elaboran sobre la base de la actividad lingüística concreta” ([1962] 1989: 95). Ahora bien, “el sistema contiene solo lo que en la norma es forma indispensable, oposición funcional, habiéndose eliminado por la nueva operación abstractiva todo lo que en la norma es simple costumbre” ([1962] 1989: 96). De este modo, “los cambios que se originan en el nivel más bajo de abstracción, esto es, en la manera en que hablan los individuos concretos, pueden, de un modo sucesivo, modificar primero la norma, que constituye una abstracción de nivel intermedio, y finalmente el sistema, cuyo nivel de abstracción es aun mayor” ([1962] 1989: 84). Y, puesto que en cada momento la norma refleja un equilibrio inestable del sistema, el cambio efectuado tendrá como objeto volcar el sistema hacia un nuevo punto de equilibrio. Estas ideas permitieron al estructuralismo dar una respuesta, en sus términos, al cambio lingüístico, aunque en su momento, no recibieron demasiada atención por parte de la crítica. Como observa Matthews, los fenómenos de variación y cambio, hacia mediados de los años sesenta, serían reelaborados a partir de los estudios del sociolingüista norteamericano William Labov.

El capítulo quinto, “La arquitectura de los sistemas lingüísticos”, resulta particularmente interesante puesto que se propone reconstruir las distintas perspectivas estructuralistas sobre la ingeniería de los sistemas hasta llegar a lo que Matthews considera una transición del estructuralismo hacia el generativismo de Chomsky. Hacia fines de la década del treinta y comienzos de los años cuarenta, una de las metas centrales para la consolidación del estructuralismo era poder trazar un camino que fuera de la fonología a la gramática, conservando una misma metodología de análisis sistémico. Uno de los caminos posibles fue la propuesta de la escuela de Copenhague, cuya figura principal, Louis Hjelmslev, introdujo la noción de “función sígnica”, que permitía vincular dos facetas del signo lingüístico, a saber: la expresión y el contenido. El grado de formalización que manejaba la glosemática de Hjelmslev permitía estudiar el concepto de signo a partir de una simetría entre elementos puramente abstractos y una serie de relaciones funcionales. Por su parte, la necesidad de diferenciar niveles de análisis lingüísticos distintos, en particular, de distinguir un nivel fonológico y otro gramatical, aparece replanteada sobre todo por Martinet en Europa y por Charles Hockett en Estados Unidos. Precisamente, en la ingeniería del sistema formulado por Hockett y en los postulados de Harris acerca de la gramática en tanto que “conjunto de instrucciones”, Matthews observa que puede trazarse una línea de continuidad –y no tanto de ruptura– con la aparición la gramática generativa en la década del cincuenta.

El capítulo sexto, “La lengua interiorizada”, se ocupa en detalle del análisis de los puntos de partida de la gramática generativa. Hacia fines de la década del cincuenta, la teoría del fonema y los postulados acerca de los distintos niveles lingüísticos eran aceptados de forma generalizada. También se había consolidado la idea, expuesta tanto por Saussure como por Bloomfield, de que “lo que en esos momentos hacían los lingüistas era describir un sistema subyacente cuya realidad era supraindividual, o bien un conjunto de preferencias potenciales” (121). De acuerdo con Matthews, la innovación que produjo la revolución chomskiana no pasaba tanto por la ingeniería de sus modelos gramaticales, cuanto por la posibilidad de explicar cuál era la naturaleza de los sistemas lingüísticos. Como sostuvo el propio Chomsky, “el estudio de la gramática generativa representó un desplazamiento importante del objeto en el enfoque de los problemas lingüísticos. [...] el desplazamiento que se produjo fue de la conducta o los productos de la conducta a los estados de la mente/cerebro que entran dentro de la conducta” ([1985] 1990: 16-17). Este desplazamiento fue el que condujo a Chomsky a la postulación de una teoría gramatical innata que se identificaría con la Gramática Universal y, como sostiene Matthews, “hacia la década de los años ochenta, en el período que él mismo denominó como el de su segundo ‘giro conceptual’, Chomsky hacía ya mucho tiempo que estaba convencido de que existían argumentos abrumadores que corroboraban su existencia” (132). De esta forma, hacia los años ochenta la gramática generativa se encontraba consolidada, de acuerdo con Matthews, a partir de la posibilidad de utilizar un análisis formal de la gramática que no solo asignaba descripciones estructurales para las oraciones, sino que también intentaba explicar la naturaleza de los sistemas lingüísticos, asunto crucial que el estructuralismo había dejado de lado.

El capítulo siete está dedicado a la semántica estructural, quizás el aspecto en el que menos pudo consolidarse el método estructuralista. Matthews comienza por explicar las dificultades que implicaría trasladar los métodos estructuralistas, que tanto habían aportado al estudio de la fonología, al ámbito de la semántica. El primer antecedente Matthews lo encuentra en la teoría de los campos semánticos de Jost Trier, hacia fines de los años treinta. La idea de que las palabras de un vocabulario pueden agruparse en campos y de que el vocabulario en su conjunto fuera una red de relaciones conducía a pensar que era posible identificar dentro de él redes que pudieran tratarse discretamente. Hacia los años cincuenta, esta idea condujo a Jakobson, por ejemplo, a utilizar una metodología similar a la de la fonología para definir estas unidades discretas de la semántica como rasgos del tipo “+macho”, “-hembra”, etc. Unos años más tarde, el norteamericano Ward Goodenough retomaría estos conceptos para planear la posibilidad de un análisis componencial del léxico. En la década del sesenta, fue el lingüista británico John Lyons quien desplazó el objeto de estudio de la semántica hacia las relaciones de sentido, estudiando el significado como una función de ese conjunto de relaciones. Por otro lado, Matthews también se encarga de revelar las dificultades que la semántica implicaba en los modelos de la gramática generativa, en particular, a la hora de demarcar los límites entre lo sintáctico y lo semántico. El recorrido de Matthews pasa por las teorías de Jerrold Katz y Jerry Fodor, Charles Fillmore y James McCawley, para llegar a los postulados de Ruth Kempson, quien, hacia mediados de la década del setenta, “fue uno de los primeros investigadores en argumentar, desde el punto de vista lingüístico, que el significado de una afirmación debería consistir en las condiciones bajo las cuales cabría considerarla verdadera” (169). Este punto de vista, clásico en la semántica filosófica, resulta en la actualidad una concepción generalizada para el estudio de la semántica oracional.

El libro finaliza con una conclusión acerca de la lingüística estructural en el año 2000, donde Matthews se plantea si es posible seguir hablando de estructuralismo o, en caso contrario, cuándo deberíamos decir que murió. En este sentido, la conclusión del autor es que,

si bien la lingüística en la actualidad es una disciplina fragmentada –y no solo en distintas escuelas sino también en diferentes subdisciplinas–, la metodología que otorgó un lugar central al estructuralismo durante el siglo XX ha servido como punto de partida para grandes teorías posteriores. Es por eso que uno de los puntos centrales del libro consiste en analizar la revolución chomskiana, que muchos consideran el fin del estructuralismo, como una continuidad –aunque sin menospreciar su carácter innovador– de aspectos planteados previamente por el estructuralismo. Con relación a la vigencia del estructuralismo, Matthews sostiene que “una manera de juzgar una determinada disciplina podría ser la de tomar en consideración lo que se enseña de ella habitualmente a los estudiantes; y lo cierto es que [...] los fundamentos de la Lingüística se siguen presentando, en términos que en parte son estructuralistas y en parte generativistas” (185).

El logro fundamental de *Breve historia de la lingüística estructural* consiste en alcanzar una recapitulación de los problemas centrales que dieron lugar al estructuralismo y que se consolidaron en el siglo XX como los puntos nodulares de la lingüística general. El recorte de carácter introductorio propuesto por el autor no pierde de vista la necesidad de exponer las distintas perspectivas teóricas en sus contextos históricos y, asimismo, la posibilidad de analizar las variadas propuestas teóricas como debates entre las diferentes corrientes estructuralistas.

Bibliografía

- Bloomfield, Leonard. [1933] 1967. *El lenguaje*. Lima: Universidad de San Marcos.
Coseriu, Eugenio. [1962] 1989. *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid: Gredos.
Chomsky, Noam. [1985] 1989. *El conocimiento del lenguaje*. Madrid: Alianza.